

La Comédiathèque



Ruleta rusa en el Kremlin

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

El texto de esta obra puede descargarse gratuitamente.

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción. Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras:

**<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>
<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>**

Ruleta rusa en el Kremlin

Jean-Pierre Martinez

Ante la amenaza de una invasión rusa de Poldavia, quien preside Francia viaja al Kremlin para intentar negociar una desescalada. De paso, espera que un éxito diplomático le ayude a sacar ventaja en la carrera por la reelección.

Pero la reunión a puerta cerrada con quien preside Rusia se convierte muy pronto en un duelo de poder en el que se mezclan chantajes, provocaciones, amenazas nucleares y faroles. A medida que la situación se descontrola, ya nadie sabe muy bien dónde acaba el juego y dónde empieza la realidad.

Una comedia política de humor negro sobre el poder, la democracia y la guerra, en la que el destino del mundo acaba jugándose en una peligrosa partida de póquer... o de ruleta rusa.

Reparto

Presidencia de Rusia: Boris o Katia

Presidencia de Francia: Manuel o Marianne

2 intérpretes.

En esta versión, los personajes se llaman Boris y Manuel. Ambos papeles pueden ser interpretados igualmente por mujeres, sustituyendo simplemente los nombres por Katia y Marianne, sin necesidad de modificar los diálogos.

La Comédiathèque

Se oyen los Coros del Ejército Rojo. La luz va subiendo poco a poco. Se distingue una mesa con una silla en cada extremo. En la pared del fondo, una bandera rusa a la izquierda vista desde la sala y una bandera francesa a la derecha. Boris, inmóvil y con el rostro impassible, ocupa uno de los extremos de la mesa, a la izquierda vista desde la sala. Sobre la mesa hay un gran teléfono rojo de estilo antiguo. Suena el teléfono. Boris contesta.

Boris – Da... Da... Da... *(Cuelga y se queda un instante pensativo antes de repetir más deprisa.)* Da, da, da... *(Se oye entonces una canción de The Police. Boris se levanta y esboza unos pasos de baile mientras tararea.)* De doo doo doo... De da da da... Is all I want to say to you...

De pronto recupera la seriedad y se ajusta la corbata. Se acerca a un mueble y saca una botella de vodka y un vaso. Lo llena y se lo bebe de un trago. Guarda la botella y el vaso. Vuelve a sentarse y se queda de nuevo inmóvil, como una estatua.

Se oyen los primeros compases de La Marsellesa entre fuertes crepitaciones, hasta que la música se interrumpe bruscamente, como si el disco se hubiera quedado enganchado.

Entra Manuel con una sonrisa crispada. Lleva un pequeño paquete en la mano.

Manuel – Buenos días, Boris.

Boris se levanta para saludar.

Boris – Buenos días, Manuel. ¿Has tenido buen viaje?

Manuel – Excelente, gracias. ¿Cómo estás?

Boris le estrecha la mano con una sonrisa glacial.

Boris – Siéntate, por favor.

Manuel – Gracias.

Manuel se sienta con cautela. Boris también.

Boris – He pedido que nadie nos moleste. Tampoco necesitaremos intérprete.

Manuel – ¿Para qué queremos un intérprete? Tu francés es absolutamente perfecto. Por cierto, nunca me has dicho dónde aprendiste a hablar tan bien nuestro idioma...

Boris – En París.

Manuel – ¿Estudiaste en París?

Boris – Trabajaba para la embajada.

Manuel – O sea, que eras diplomático...

Boris – Más bien agente de inteligencia.

Manuel *(bromeando)* – En otras palabras, espía... *(Boris ni siquiera esboza una sonrisa y Manuel recupera la seriedad.)* De acuerdo... Sin intérprete...

Boris – No habrá ningún testigo de nuestro encuentro. Nada de lo que digamos aquí saldrá de esta sala.

Manuel – Perfecto. *(Mira a su alrededor.)* Y supongo que esta conversación tampoco quedará grabada...

Boris mira el paquete que Manuel lleva en la mano.

Boris – ¿Quieres dejar eso en algún sitio?

Manuel – Ah, sí, casi se me olvidaba... Es un pequeño regalo para ti...

Le entrega el paquete a Boris.

Boris – ¿Qué es? ¿Un paquete bomba?

Manuel – Casi... Es la colección completa de películas de ese actor francés que tanto te gusta... Bueno, quiero decir... que tanto te admira.

Boris *(cogiendo el paquete)* – Gracias.

Manuel le señala una tarjeta que acompaña al paquete.

Manuel – Incluso te ha escrito una pequeña dedicatoria.

Boris *(leyendo la dedicatoria)* – Para Boris, de tu amigo Gérard...

Manuel – Sí, eso mismo pensé yo... ¡Qué imaginación tienen los actores...!

Boris deja el paquete sobre la mesa.

Boris – Muy bien. Dale las gracias a Gérard de mi parte. No sé si tendré tiempo de ver sus películas ahora mismo, pero bueno...

Manuel – Ya las verás en tu celda, cuando la Corte Penal Internacional te haya condenado a cadena perpetua por crímenes de lesa humanidad... *(Boris le lanza una mirada asesina.)* Es broma...

Boris – ¿Por qué no me dices mejor la verdadera razón de tu visita a Moscú?

Manuel recupera la seriedad y adopta un tono solemne.

Manuel – Como sabes, Boris, Europa está muy preocupada por las tensiones actuales en la frontera entre Rusia y Poldavia. Estoy aquí para buscar contigo las bases de un acuerdo que permita iniciar una desescalada.

Boris – ¿De verdad...?

Manuel – Rusia ha concentrado un gran número de tropas en su frontera con Poldavia. Es lógico que estemos preocupados...

Boris – No son más que unas maniobras militares previstas desde hace mucho tiempo.

Manuel – Rusia ejerce desde hace años una fuerte influencia sobre la parte oriental de Poldavia. ¿Es casualidad que esas maniobras se desarrollen precisamente a las puertas de esa región rusófona que reivindica la independencia, por no decir su incorporación a Rusia?

Boris – Si tuviéramos intención de invadir Poldavia, lo habríamos hecho hace mucho tiempo. Pero sí pretendemos asegurarnos de que Poldavia no llegue nunca a representar una amenaza para nuestro país convirtiéndose en una cabeza de puente del ejército estadounidense en Europa del Este.

Manuel – Un Estado soberano tiene derecho a elegir sus propias alianzas.

Boris – Eso se lo tendrías que haber dicho a Kennedy durante la crisis de los misiles de Cuba. ¿Acaso Castro no tenía también derecho a elegir sus alianzas?

Manuel – Eso fue hace mucho tiempo, antes de que yo naciera.

Boris – Yo tampoco había nacido.

Manuel – El mundo ha cambiado, Boris.

Boris – ¿De verdad lo crees, Manuel?

Manuel – La Unión Soviética ya no existe... y el proceso de construcción europea sigue adelante.

Boris – Rusia es eterna, y Europa es un gigante con pies de barro. El Reino Unido decidió salir.

Manuel – Pero Poldavia aspira a entrar.

Boris – No me opondré a ello. Siempre que no entre también en la OTAN. Rusia no puede tolerar la presencia de misiles nucleares estadounidenses justo en su frontera. A quinientos kilómetros de Moscú.

Manuel – No creo que Estados Unidos tenga intención de instalar misiles en la frontera rusa.

Boris – No lo crees... pero ¿puedes garantizármelo?

Manuel – Solo puedo hablar en nombre de Europa, es verdad.

Boris – Por eso te repito la pregunta: ¿cuál es la verdadera razón de tu visita al Kremlin?

Manuel parece dudar.

Manuel – De acuerdo, lo confieso... Aparte de intentar evitar una guerra mundial, también he venido a Moscú para reforzar un poco mi imagen de estadista en la escena internacional...

Boris – Sí, ya me lo imaginaba. Ya he recibido aquí a los principales candidatos que se presentan contra ti a las elecciones presidenciales.

Manuel – Así que, como sabes, se acercan las elecciones. Y en Francia no es tan fácil ganar unas elecciones, y mucho menos conseguir que te reelijan.

Boris – Ya veo...

Manuel – Es que, para empezar, en nuestro país... hay varios candidatos.

Boris – Ese es el problema de la democracia.

Manuel – El peor de los sistemas, con excepción de todos los demás, como decía Churchill.

Boris – ¿Y qué esperas exactamente de mí?

Manuel – Pues... algún gesto de distensión en la crisis con Poldavia, por ejemplo. Un primer paso hacia la desescalada del que pudiera atribuirme el mérito y la gloria, al menos hasta que pasen las elecciones.

Boris – No retiraré mis tropas hasta que los estadounidenses se comprometan a desmilitarizar la zona. Europa me importa una mierda. Así que Francia, imagínate...

Manuel – ¡No te estoy pidiendo que retires tus tropas, Boris! Me refiero a un gesto simbólico. Yo qué sé... Una rueda de prensa conjunta justo después de nuestra reunión, en la que dijeras que sigues abierto a negociar. Ese tipo de chorradas... No te comprometes a nada.

Boris – ¿Y yo qué saco de todo esto?

Manuel – Mi gratitud eterna... por lo menos hasta que termine mi próximo mandato. *(El otro le lanza una mirada glacial.)* No, es coña, pero... ya encontraré la forma de devolverte el favor. Mira, en mi programa prometí a los ecologistas cerrar unas cuantas centrales nucleares antiguas. Podríamos compraros un poco más de carbón para compensar.

Boris – Ya veremos...

Manuel saca una hoja del bolsillo de la chaqueta y se la tiende a Boris.

Manuel – Mira, te he traído un borrador de acuerdo... Ya estamos hablando de una suma considerable.

Boris no coge la hoja y sigue mirando fijamente a Manuel.

Boris – Es demasiado pronto para hablar de negocios. Ya lo miraré más tarde... ¿Vodka?

Manuel – ¿Vodka...? Son las nueve de la mañana, Boris... No sé si es demasiado pronto para hablar de negocios, pero para mí sí que es demasiado pronto para beberme ese matarratas...

El otro le lanza una mirada fría.

Boris – Es el mejor vodka que se puede encontrar en Rusia.

Manuel – Vale, vodka...

Mientras Manuel vuelve a guardarse el borrador del acuerdo en el bolsillo, Boris saca la botella y dos vasos y los llena. Le tiende uno a Manuel. Boris levanta el suyo para brindar.

Boris – Za váše zdoróvy!

Manuel levanta también el vaso.

Manuel – ¡Por la paz entre Rusia y Poldavia!

Boris – Eso es... ¡Por la victoria de Rusia!

Boris se bebe el vodka de un trago. Manuel se siente obligado a hacer lo mismo. Hace una mueca.

Manuel – Ah, sí, esto es... más bien una bebida de hombres.

Boris – Es una bebida de rusos... ¿Otro?

Manuel – Gracias, creo que será mejor que lo deje aquí... *(El otro le lanza una mirada sombría.)* Vale, pero este es el último.

Boris vuelve a llenar los vasos y levanta de nuevo el suyo.

Boris – ¡Por la amistad franco-rusa!

Los dos se beben el vodka de un trago.

Manuel – Por lo menos, esto calienta. Porque hay que reconocer que en tu país no hace precisamente calor. Aquí dentro tampoco, por cierto...

Boris – Ya hará más frío en vuestro país cuando os cortemos el gas.

Manuel se queda desconcertado un instante.

Manuel – Bueno, Boris... ¿Vas a invadir Poldavia o no?

Boris – Poldavia no existe. Lo que los poldavos llaman Poldavia siempre ha sido una provincia rusa. ¿Cómo voy a invadir un país que no existe? Cuando el ejército ruso se desplaza por territorio ruso, eso no se llama invasión. Se llama maniobras militares.

Manuel – Es una forma de verlo...

Boris – Cuando el ejército francés hace maniobras en Alsacia-Lorena, vosotros no lo llamáis invasión, ¿verdad?

Manuel – No... lo llamamos Primera Guerra Mundial.

Boris – Porque consideráis, con toda razón, que Alsacia-Lorena forma parte de Francia. Para Rusia ocurre exactamente lo mismo con Poldavia.

Manuel – No voy a entrar en ese debate, Boris. Ahora se trata simplemente de evitar que este conflicto latente desemboque en una guerra abierta. Pekín también considera que Taiwán es una provincia china. Y, sin embargo, China nunca se ha arriesgado a invadir Taiwán.

Boris – Porque los chinos son ante todo un pueblo de comerciantes. Están dispuestos a malvender una parte de su territorio con tal de evitar un conflicto que sería malo para los negocios.

Manuel – Precisamente, hablando de negocios... Eres consciente de que, si tu ejército entra en Poldavia, la comunidad internacional impondrá sanciones coordinadas a Rusia, ¿no? Sanciones muy severas...

Boris – Me importan una mierda vuestras sanciones. Tengo varios cientos de miles de millones escondidos en paraísos fiscales. ¿De verdad crees que me preocupa no poder encontrar caviar en la tienda de la esquina?

Manuel – ¿De verdad quieres que Rusia corra la misma suerte que Irán, Boris? Su economía está en ruinas...

Boris – Los iraníes se mueren de hambre, pero Irán sigue gobernado por un ayatolá. Con vuestras sanciones, quien sufre es el pueblo ruso. Y el pueblo ruso, igual que el iraní, cuanto más sufre, más se considera víctima de Occidente. Y cuanto más se considera víctima de Occidente, más ciegamente se pone en manos de su líder supremo.

Una pausa.

Manuel – ¿Sabes una cosa? En cierto modo, te envidio, Boris. En Francia basta con que la gasolina suba diez céntimos para que la gente salga a la calle, queme neumáticos en las rotondas y exija la dimisión de quien ocupa la presidencia.

Boris – Aquí no podemos permitirnos quemar neumáticos. Ya nos cuesta bastante encontrarlos para poder circular con nuestros coches.

Manuel – Hay una epidemia mortal, les pagamos para que se queden en casa sin hacer una mierda, les conseguimos una vacuna en menos de un año, la vacuna es gratis... y se ponen a gritar que vivimos bajo una dictadura sanitaria.

Boris – ¿Una dictadura sanitaria...?

Manuel – Una dictadura sanitaria, sí... Y en las elecciones siguientes, para castigar a quien consideran responsable de esa supuesta dictadura, votan a un candidato de extrema derecha que propone instaurar un Estado policial.

Boris – La democracia es un sistema para niños mimados. Los ciudadanos son críos, y los críos necesitan autoridad.

Manuel – Aun así, se acercan las elecciones y no sé si van a reelegirme. Y si no lo hacen, con todos los escándalos que arrastro, puedo acabar en la cárcel por malversación de fondos públicos.

Boris – Ya ves, eso de que la justicia sea independiente no todo son ventajas...

Manuel – El problema es que yo no tengo cientos de miles de millones de dólares escondidos en un paraíso fiscal, como tú. Como mucho, unos cuantos cientos de miles de euros en una caja de seguridad en Suiza...

Boris – Bien... ¿Y qué tengo yo que ver exactamente con todo esto?

Manuel – Ya sabes lo que tienes, Boris, pero no sabes lo que te puede tocar... Aunque quien me suceda sea más favorable a Rusia que yo, ¿de qué te servirá si lleva a Francia a la ruina y ya no tenemos dinero para comprarte petróleo y gas?

Boris parece reflexionar un instante.

Boris – ¿Cuántos se presentan contra ti?

Manuel – Una buena decena...

Boris – ¿Para qué te complicas la vida, Manuel? Haz que los envenenen...

Manuel – ¿A todos?

Boris – Por lo menos a los dos o tres rivales con más posibilidades. A los demás los dejas para mantener una apariencia de democracia.

Manuel – No puedo hacer eso...

Boris – ¡Pues haz que los detengan y los metan en un campo de reeducación!

Manuel – Por desgracia, en nuestro país las cosas no son tan sencillas. Antes de mandar a alguien a la cárcel tiene que haber un juicio.

Boris – Aquí también.

Manuel – No, me refiero a un juicio de verdad, con jueces independientes... En Francia, quien ocupa la presidencia no puede mandar a la cárcel a sus principales adversarios limitándose a acusarlos de alta traición. (*Mira a su alrededor.*) Por cierto, ¿dónde estamos exactamente?

Boris – En el Kremlin...

Manuel – Sí... pero el trayecto en ascensor hasta aquí me ha parecido interminable. Tenía la sensación de estar bajando a los infiernos... (*Se levanta y recorre la sala.*) Y además no hay ni una ventana... ¿Dónde estamos? ¿En una mina de carbón?

Boris – En mi búnker antinuclear.

Manuel – ¿Perdona?

Boris – Ya te imaginarás que el Kremlin dispone de un búnker antinuclear. ¿No tienes tú uno en el Elíseo?

Manuel – Claro, pero... cuando viniste a Francia, yo te recibí en el Palacio de Versalles. ¿Por qué me recibes tú en un sitio como este?

Boris – Porque estamos entrando en una situación de crisis, Manuel. Una situación que exige ciertas precauciones...

Manuel – ¿Hasta el punto de recibir aquí a alguien que representa a un Estado extranjero?

Una pausa.

Boris – Mientras hablamos, las tropas rusas acaban de cruzar la frontera de Poldavia.

Manuel se queda unos instantes sin reaccionar. Boris coge la botella y se la muestra.

Boris – ¿Otro vodka?

Manuel – Me has estado tomando el pelo todo este tiempo, ¿verdad?

Boris – Solo estamos recuperando lo que nos pertenece.

Manuel – Yo había venido aquí a negociar.

Boris – Viniste aquí para asegurarte la reelección.

Manuel – Sea como sea, Boris, con esta guerra no vas a hacer nuevos amigos... Ya tenías pocos aparte de mí... Y de Gérard, claro...

Boris – No me dedico a la política para hacer amigos. Quiero devolver a Rusia su antigua grandeza.

Manuel – Eso no te va a llevar a ninguna parte, créeme. Entre quienes me precedieron están Carlomagno, Luis XIV y Napoleón. Nosotros también tuvimos nuestros momentos de gloria. Hubo una época en la que Francia dominaba Europa. Cuando no estaba invadiendo Rusia...

Boris – Tuvisteis que retiraros, si no recuerdo mal.

Manuel – Precisamente. Hay que saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos, Boris.

Boris – Rusia no puede dar la espalda a su historia.

Manuel – Puede que no, pero hay que saber cuándo ha llegado el momento de pasar página. Hay que aceptar la realidad, Boris. Francia ya no es lo que fue. Rusia tampoco. Ya va siendo hora de que tú también lo aceptes...

Boris – Rusia es el país más extenso del mundo.

Manuel – Y uno de los menos densamente poblados.

Boris – Rusia es una gran potencia.

Manuel – Pero Rusia tiene el producto interior bruto de España.

Boris – Tenemos petróleo y gas que todo el mundo quiere comprarnos.

Manuel – Hasta el día en que puedan sustituirse por energías renovables. Entonces Rusia no será más que un desierto. El desierto más grande del planeta. Y la naturaleza aborrece el vacío...

Boris – Tenemos el segundo ejército más poderoso del mundo.

Manuel – Y, sin embargo, ni siquiera consigues alimentar a tu población, apenas más numerosa que la de Japón, aunque Japón es cincuenta veces más pequeño y prácticamente no tiene recursos naturales. Y a los japoneses no les falta de nada.

Boris – Si a nosotros nos falta de todo, es por las sanciones que nos impone Estados Unidos.

Manuel – Es sobre todo por esa huida hacia delante militarista que llevas décadas imponiendo a tu país, Boris. Ya no tienes medios para estar a la altura de tus ambiciones...

Boris – Todavía tenemos armas nucleares.

Silencio.

Manuel – Puede que seamos un país pequeño, pero Francia también tiene armas nucleares, ya lo sabes. Igual que otros países pequeños, como el Reino Unido o Israel. Y aunque nuestra capacidad de disuasión nuclear no sea comparable con la vuestra, sería más que suficiente para arrasarse las principales ciudades de Rusia. Por no hablar de nuestros aliados, claro, entre ellos Estados Unidos, con los que tenemos un acuerdo de defensa mutua...

Boris – De acuerdo, Estados Unidos tiene el ejército más poderoso del mundo, pero ese ejército está dirigido por eunucos. Los estadounidenses no se atreverán a mover un dedo, como de costumbre. Europa tampoco. ¿Y sabes por qué?

Manuel – Da igual, porque me lo vas a decir de todas formas.

Boris – Porque vosotros tenéis demasiado que perder. El pueblo ruso no tiene nada que perder, salvo su orgullo, y ahí reside su fuerza. Al intentar debilitarnos, lo único que habéis conseguido es reforzar nuestra determinación. Al intentar humillarnos, habéis despertado nuestro orgullo nacional.

Manuel – ¿Por qué aceptaste recibirme si ya habías decidido invadir Poldavia?

Boris – Sé que a Occidente le costará aceptar esta decisión. Digamos que necesitaba hablar de ello... con alguien de confianza.

Manuel – ¿Es que ya no tienes a nadie con quien hablar en tu propio país?

Boris – Supongo que eso es lo que llaman la soledad del poder.

Manuel – Y a poder absoluto, soledad absoluta...

Boris – Qué quieres que te diga... A pesar de todo, me gusta Francia. Quizá por lo que decías antes. Vosotros también sentís nostalgia de una grandeza perdida... Y os cuesta soportar la tutela condescendiente del Tío Sam.

Manuel – Aún no es demasiado tarde para que Rusia se acerque a Europa. Podríamos unir fuerzas para contrarrestar el imperialismo estadounidense.

Boris – Pero Europa eligió su bando hace mucho tiempo.

Manuel – Nuestro bando es el de la democracia. Y Rusia no ha elegido ese bando.

Boris – La democracia es un lujo que Rusia no puede permitirse si quiere sobrevivir frente a Estados Unidos.

Manuel – Dejemos a Estados Unidos a un lado por un momento, Boris. En nombre de Europa, te pido formalmente que renuncies a este plan y ordenes regresar a tus tropas.

Boris – No lo haré, y lo sabes.

Manuel – Entonces ya no tengo nada que hacer aquí.

Manuel hace ademán de marcharse.

Boris – Espera... Yo también tengo un regalo para ti.

Boris saca unas fotos del bolsillo y se las tiende a Manuel, que las mira.

Manuel – ¿Qué demonios es esto?

Boris – Como puedes ver, es una foto de tu principal rival, en pelotas en una habitación de hotel en Kenia, con dos adonis africanos apenas mayores de edad.

Manuel – ¿De dónde has sacado esto?

Boris – A los miembros de los servicios secretos rusos también les da de vez en cuando por hacer safaris fotográficos en Kenia...

Manuel – Y... ¿qué quieres que haga yo con esto?

Boris – Eso lo decides tú. Pero creo que si mañana esta foto apareciera en la portada de todos los periódicos, tu reelección sería poco más que un trámite.

Manuel parece dudar.

Manuel – Por desgracia, no es tan sencillo. Me acusarían de haberle tendido una trampa. Hablarían de una conspiración. Y al final acabarían culpándome a mí...

Boris – En ese caso, basta con enviarle estas fotos directamente. Entenderá el mensaje y retirará su candidatura por propia iniciativa.

Manuel – Aunque aceptara recurrir a esta clase de chantaje, los votos de esa cabrona irían inmediatamente al tercer candidato mejor situado en las encuestas... que es todavía peor que ella.

Boris – Tranquilo, también he pensado en eso.

Boris saca otras fotos del bolsillo y se las tiende a Manuel, que las mira.

Manuel (con horror) – ¿Qué coño es esta barbaridad?

Boris – El cadáver de tu tercer candidato, que acaba de morir hace unos minutos en un estúpido accidente de tráfico.

Manuel – ¡Dime que no es verdad! ¡Dime que no has sido tú!

Boris – Entonces no te lo digo.

Manuel vuelve a mirar la foto.

Manuel – ¡Dime que es un fotomontaje!

Boris – Todo el mundo conocía su pasión por los coches de gran cilindrada y su tendencia a pasarse de los límites. Sobre todo de los límites de velocidad. Se ha empotrado con su Mercedes contra un pilar en los muelles del Sena. Tranquilo, no ha sido en el túnel del puente del Alma...

Manuel – Has perdido completamente la cabeza, Boris.

Boris – Querías que te reeligieran, ¿sí o no? Y yo prefiero que al frente de un gran país como Francia haya alguien en quien Rusia pueda confiar. Como tú dices, más vale pájaro en mano que ciento volando...

Manuel – ¡Pero yo no te he pedido nada de esto!

Boris – ¡Acabas de pedirme que te ayude a conseguir la reelección!

Manuel – ¡Pero no asesinando o quitando de en medio a todos los demás candidatos a la presidencia!

Boris – Deberías darme las gracias. Yo hago el trabajo sucio por ti y te evito tener que mancharte las manos... Si te conviene, incluso puedes echarle la culpa a los servicios secretos rusos. Total, a estas alturas, una acusación más o menos...

Manuel – Si no te importa, prefiero marcharme...

Boris – Venga... ¡No te vas a ir sin desayunar conmigo! Sería un grave insulto a la hospitalidad rusa...

Manuel – Ya me he tomado un café en el avión... Y tú... si me permites que te lo diga, tienes cara de cadáver. Más te valdría ordenar la retirada de tus tropas e irte a dormir.

Boris – No he dormido en toda la noche, es verdad.

Manuel – Porque estabas dudando. Y porque ahora sabes que no has tomado la decisión correcta.

Boris – La decisión estaba tomada desde hace mucho tiempo. No he dormido porque he pasado toda la noche dirigiendo las operaciones.

Manuel – Millones de personas van a sufrir. Miles van a morir. Soldados. Civiles. Incluso en tu propio país. ¿Por qué?

Boris – Por amor a la patria. Por amor a Rusia.

Manuel – Y sobre todo para satisfacer tu orgullo desmedido de déspota. Lo siento, pero tengo que volver al Elíseo para gestionar esta crisis con nuestros aliados. Por no hablar de la sospechosa desaparición de uno de mis principales rivales en las elecciones presidenciales... Adiós, Boris...

Sale. Boris permanece sentado, siempre impasible. Manuel vuelve a entrar.

Manuel – ¿Puedes pedir que me abran? La puerta está cerrada...

Boris – Lo siento, de momento no puedes salir.

Manuel – ¿Perdona?

Boris – Acabo de decirte que nuestras tropas están cruzando la frontera de Poldavia. Quiero conservar unos minutos más el factor sorpresa.

Manuel – ¿Me estás tomando como rehén? ¿Estás tomando como rehén a quien preside un país miembro de la OTAN?

Boris – Será solo una hora, como mucho. Aprovechemos para desayunar. ¿Té? ¿Café?

Manuel saca su teléfono móvil.

Manuel – Esto es una declaración de guerra, Boris... Voy a llamar a mi jefe de gabinete.

Pulsa una tecla, pero no ocurre nada.

Boris – Tampoco puedes llamar. Este búnker está completamente aislado del resto del mundo. Para evitar ciberataques. Solo estamos comunicados con el exterior por este viejo teléfono rojo. Y con él únicamente podemos llamar al servicio de habitaciones y a mi jefe del Estado Mayor.

Manuel – No puedes hablar en serio, Boris... Dime que esto es una broma de mal gusto.

Boris – El sentido del humor no es precisamente lo que caracteriza a los rusos, ya lo sabes. Y mucho menos a quienes los gobiernan.

Manuel – *Pero esto es ridículo. ¡Ni siquiera los iraníes se han atrevido nunca a hacer algo así! No puedes retener en tu búnker a quien preside un gran país democrático y ha venido a verte con el único propósito de evitar una guerra fratricida.*

Boris – Pues parece que sí. Porque es exactamente lo que estoy haciendo.

Manuel – Pero ¿qué pretendes? ¿Utilizarme como escudo humano en caso de guerra nuclear?

Boris – No había pensado en eso, pero ¿por qué no?

Manuel – Además, eso sería darme demasiada importancia. ¿De verdad crees que, si Rusia decidiera lanzar un ataque nuclear contra Occidente, mi presencia aquí impediría que Estados Unidos respondiera atacando a Rusia?

Boris – Te recuerdo que fuiste tú quien solicitó esta reunión.

Manuel – Si ya sabías que ibas a invadir Poldavia, podrías haberla rechazado.

Boris – Digamos que... los acontecimientos se han precipitado un poco.

Manuel vuelve a sentarse.

Manuel – Muy bien. Entonces me considero tu rehén.

Boris – Yo prefiero considerarte mi huésped.

Manuel – ¿A eso le llamas hospitalidad rusa? En Francia, cuando recibimos a alguien, dejamos la puerta abierta para que pueda marcharse cuando quiera.

Una pausa.

Boris – ¿De verdad no quieres que nos sirvan el desayuno? Habrá hasta caviar.

Manuel – Gracias, no tengo hambre.

Boris – La verdad es que yo tampoco.

Manuel – Pues apetito no te falta cuando se trata de devorar países vecinos. El año pasado ya te anexionaste Soldavia. Pero esta vez quieres comerte más de lo que puedes digerir, Boris. Poldavia es un país grande que aspira a la democracia y quiere acercarse a Europa. Y eso es precisamente lo que no soportas, ¿verdad? Lo que te molesta no es que Poldavia entre en la OTAN, sino que elija el bando de la democracia.

Boris – A juzgar por los resultados de las últimas elecciones en Europa, parece que allí ya nadie quiere la democracia. Sin mi ayuda, mañana no conseguirás la reelección, y será un populista de derechas o de izquierdas quien entre en el Elíseo.

Manuel – La gente tiene poca memoria, es verdad. Pero nosotros, por lo menos, no invadimos los países vecinos para imponerles nuestro punto de vista.

Boris – Poldavia es Rusia. Nos recibirán como libertadores.

Manuel – Ya no tienes a nadie a tu alrededor que se atreva a llevarte la contraria, Boris. Al final acabas creyéndote tus propias mentiras.

Boris – Hasta ahora, todo el mundo en Rusia está de acuerdo conmigo.

Manuel – Si todo el mundo está de acuerdo contigo es porque todo el mundo te tiene miedo. En Francia o en Estados Unidos, quien ocupa la presidencia también puede confundir sus deseos con la realidad. Pero siempre hay alguien que, tarde o temprano, le hace poner los pies en la tierra. Es una de las pocas ventajas de la democracia.

Boris – Puede ser, pero en vuestras democracias, de tanto intentar no disgustar a nadie, acabáis por no tomar ninguna decisión.

Manuel – Si eso nos evita tomar decisiones equivocadas... que solo traerían desgracias para todos.

Boris – Es verdad, y lo asumo. Para nosotros, la búsqueda de la felicidad no puede ser el único programa de una gran nación.

Manuel – ¿Para nosotros, dices? ¿De verdad crees que puedes hablar en nombre de todos los rusos?

Boris – Fueron los rusos quienes me pusieron donde estoy hoy. De acuerdo, no tenía ningún rival de verdad. Pero aun así obtuve un respaldo abrumador. Como vuestro general De Gaulle en otros tiempos...

Manuel – De Gaulle dimitió cuando vio que había perdido el respaldo del país. ¿Tú serías capaz de hacer lo mismo?

Boris – De momento, tengo el apoyo del pueblo.

Manuel – El pueblo... La verdad es que no tengo muy claro qué es eso. Los votantes, sí, pero el pueblo... Ya sea el pueblo francés o el ruso...

Boris – El pueblo siempre tiene razón.

Manuel – Porque se le puede hacer decir lo que uno quiera... El pueblo no existe. Es una ficción inventada por los populistas para conseguir que los voten personas que tienen intereses contradictorios. Es el gobierno quien debe imponer el interés general frente a la suma de todos esos egoísmos, para intentar mantener cierta cohesión social.

Boris – Al final, no estás tan lejos de pensar como yo. Todo es mucho más sencillo cuando una sola persona decide por todos.

Suena el teléfono rojo. Boris descuelga.

Boris – Da... Da... Da...

Cuelga.

Manuel (*irónicamente*) – ¿Buenas noticias?

Boris – Excelentes... Nuestro ejército avanza sin encontrar una resistencia significativa.

Manuel – Eso mismo decía Napoleón cuando invadió Rusia. Y lo mismo decía Brézhnev cuando invadió Afganistán. No conviene olvidar las lecciones de la Historia, Boris.

Boris – La Historia: unos la leen y otros la escriben. (*El teléfono rojo vuelve a sonar. Boris contesta.*) Da... Da... Da...

Cuelga el auricular.

Manuel – ¿El servicio de habitaciones? ¿Quieren saber si vamos a dejar libre la habitación antes del mediodía?

Boris – El jefe del Estado Mayor. La intervención militar rusa en Poldavia ya es de dominio público. Y la OTAN amenaza con intervenir directamente si no retiro mis tropas de inmediato.

Manuel – Te lo advertí. Era una línea roja que no debías cruzar.

Boris – Van de farol.

Manuel – En cualquier caso, ya podré marcharme. Me retenías aquí para impedir que avisara a nuestros aliados de tu plan secreto. Ahora que todo el mundo lo sabe...

Se levanta para marcharse.

Boris – Espera un poco más, si no te importa...

Manuel – ¿Y ahora qué?

Boris – Podrías quedarte aquí para negociar, como querías hacer al principio.

Manuel – Te recuerdo que, desde entonces, le has declarado la guerra al mundo libre.

Boris – Querías negociar una desescalada. Podrías negociar un armisticio.

Manuel – ¿Como Pétain?

Boris – A algunos les han dado el Premio Nobel de la Paz por menos que eso.

Manuel parece dudar.

Manuel – El Premio Nobel de la Paz... Por lo general, es más bien un entierro de primera. Y mientras tanto, podría acabar perdiendo el alma.

Boris – Si consigues evitar una guerra mundial... en tu país te convertirás en una figura heroica. Y tendrás la reelección asegurada. Sobre todo ahora que ya no tienes rivales.

Manuel – Dos rivales menos en un solo día... van a sospechar que he hecho que los eliminen.

Boris – No si vuelves después de haber salvado al mundo libre, como tú dices.

Manuel – En cualquier caso, habrá una investigación.

Boris – Los servicios secretos rusos nunca dejan rastro. Quédate aquí y, si todo sale bien, conseguirás la reelección en la primera vuelta. Eso es lo que querías, ¿no?

Manuel duda.

Manuel – ¿De verdad me estás dando a elegir?

Boris – No.

Manuel – En ese caso, negociemos... (*Vuelve a sentarse.*) ¿También piensas ignorar la amenaza de una intervención directa de la Alianza Atlántica?

Boris – No se atreverán. Poldavia no forma parte de la OTAN.

Manuel – Entonces, ¿qué esperas exactamente de mí?

Boris – Que sugieras a Europa que no se meta en mi conflicto con Estados Unidos.

Manuel – Europa forma parte de la OTAN. Si nuestros aliados intervienen, nosotros también lo haremos.

Boris – Si la OTAN interviene, asumirá la responsabilidad de desencadenar una guerra mundial. Una guerra total. Una guerra nuclear.

Manuel – ¿De verdad quieres arriesgarte a acabar con toda forma de vida en la Tierra solo para que Rusia recupere Poldavia? Esto no es una partida de póquer, Boris. Estás jugando con el destino del mundo.

Boris saca un revólver de un cajón.

Boris – ¿Conoces este juego, Manuel? Se llama ruleta rusa. Y, como su nombre indica, lo inventaron los rusos.

Manuel – Dime que ese revólver no está cargado...

Boris – El tambor solo contiene una bala.

Hace girar el tambor.

Manuel – Te aseguro que no me hace ninguna gracia.

Boris – Pues es muy divertido, ya verás... Te lo explico. En la ruleta americana, quien acierta el número gana treinta y seis veces lo apostado. En la ruleta rusa, si te toca la bala, te vuelas los sesos. Una posibilidad entre seis de dejarte la piel. Y, por tanto, cinco entre seis de salir con vida. Cuando no tienes nada, solo puedes jugarte la vida... *(Boris hace girar el tambor y le tiende el arma.)* ¿Quieres jugar conmigo? Si lo prefieres, empiezo yo...

Manuel – No te atreverás...

Boris se apoya el cañón del revólver en la sien. Momento de extrema tensión. Aprieta el gatillo. No se oye ningún disparo.

Boris – Ya está. Me he ganado el derecho a seguir con vida. Ahora te toca a ti...

Boris le tiende el revólver a Manuel.

Manuel – Es un juego de mierda. Y yo nunca he dicho que quisiera jugar.

Boris – Me he jugado la vida, Manuel. Ahora ya no tienes elección. Es una cuestión de honor...

Tras dudar un instante, Manuel coge el arma. Vacila y, de repente, apunta a Boris.

Manuel – Una posibilidad entre seis, decías... ¿no?

Boris – Incluso una entre cinco, porque yo ya he apretado una vez el gatillo. Pero estamos en el Kremlin. Aunque tuvieras esa suerte, no está nada claro que consiguieras salir de aquí con vida después de matar a quien preside Rusia...

Manuel deja el revólver sobre la mesa.

Manuel – Yo no soy capaz de matar a nadie...

Boris – ¿Nunca has matado a nadie?

Manuel – No.

Boris – Pero con tus decisiones, igual que yo, alguna vez has provocado indirectamente la muerte de alguien. Enviando una fuerza de intervención a un país extranjero, por ejemplo.

Manuel – Siempre fue para restablecer la paz. Nunca para extender mi poder por la fuerza. ¿Y tú?

Boris – ¿Yo?

Manuel – ¿Has matado alguna vez a alguien? Quiero decir... con tus propias manos.

Boris – Antes de llegar a la presidencia, pasé muchos años en los servicios secretos...

Una pausa.

Manuel – No me cabe duda de que esa arma no estaba cargada. Estás de farol...

Boris – Si tan claro lo tienes, ¿por qué no juegas?

Manuel – Digamos que... es un poco como la apuesta de Pascal. Creo que Dios no existe y que esa arma no está cargada, pero ¿para qué correr un riesgo inútil solo para demostrarlo? Yo a eso lo llamo razón...

Boris coge el revólver y vuelve a guardarlo en el cajón.

Boris – Yo lo llamo cobardía. La cobardía de ese mundo occidental decadente, a la que nosotros oponemos el valor que caracteriza al alma rusa.

Manuel – Yo lo llamo inconsciencia. Y además, tú juegas sobre todo con la vida de los demás... Esa arma no estaba cargada...

Manuel coge el revólver para comprobarlo, pero Boris lo detiene.

Boris – No, Manuel, esto no funciona así... Es como en el póquer. Cuando uno de los jugadores se retira, el otro no tiene por qué enseñarle las cartas.

Manuel – Como quieras... ¿Y ahora qué hacemos?

Boris – La guerra es como el ajedrez. Una vez hecha la jugada, hay que esperar la reacción del adversario.

Manuel – Creía que la guerra era como el póquer... Porque te recuerdo que en el ajedrez no se puede ir de farol. Gana quien tiene más fuerza. O, por lo menos, quien juega mejor...

Suena el teléfono rojo y Boris descuelga.

Boris – Da... Da... Da... Niet... Niet... Niet... (*Cuelga.*) La OTAN acaba de decretar una zona de exclusión aérea sobre Poldavia.

Manuel – Te lo advertí... ¿Y qué vas a hacer?

Boris – Voy a dar por hecho que son ellos los que van de farol.

Manuel – ¿Eso qué significa?

Boris – Que voy a ignorar la prohibición. No se atreverán a derribar un avión ruso.

Manuel – Incluso en el póquer, nunca conviene confiar demasiado en que el adversario sea débil.

Boris – Correré el riesgo.

Manuel – ¿Y si derriban uno de tus aviones?

Boris – Entonces Rusia entraría en guerra con Estados Unidos.

Manuel – El ejército ruso no aguantaría ni tres días frente al estadounidense en una guerra convencional. Lo sabes perfectamente.

Boris – Por eso nos veríamos obligados a utilizar todas las armas a nuestra disposición.

Manuel – ¿Incluidas las armas nucleares?

Boris – Si nos obligan a ello...

Manuel – Es una guerra que nadie ganaría. Aunque Rusia atacara primero, sería aniquilada inmediatamente después.

Boris – Precisamente por eso Estados Unidos nunca se atreverá a derribar un avión ruso sobre Poldavia.

Un silencio opresivo.

Manuel – Y tú también tienes hijos. ¿Serías capaz de sacrificarlos con la absurda esperanza de satisfacer tu megalomanía?

Boris – La megalomanía solo es una locura si no se consigue lo que se pretende. También hay megalómanos que triunfan. Julio César, Napoleón...

Manuel – Hitler... Pero a él no le acabó muy bien. ¿De verdad quieres pasar a la Historia como quien desencadenó la primera y probablemente última guerra mundial nuclear?

Suena el teléfono rojo. Boris descuelga.

Boris – Da... Ah, hola, Gérard, ¿cómo estás? No... No, en absoluto... Escucha, tendré que explicarte todo esto y sé que lo entenderás, pero ahora mismo no tengo tiempo... De acuerdo, te llamo luego. *(Cuelga.)* Era Gérard...

Manuel – ¿Gérard?

Boris – Ese actor cuya filmografía completa acabas de regalarme.

Manuel – ¿Y?

Boris – No está de acuerdo con esta intervención militar en Poldavia.

Manuel – Ya ves... hasta los imbéciles cambian de opinión de vez en cuando...

El teléfono vuelve a sonar. Boris descuelga.

Boris – Da... Da... Da... *(Una pausa.)* Da...

Cuelga con expresión sombría.

Manuel – ¿Otra vez Gérard?

Boris – El jefe del Estado Mayor.

Manuel – ¿Malas noticias?

Boris – El ejército poldavo acaba de hundir uno de nuestros portaaviones frente a las costas de Poldavia.

Manuel – Creía que os iban a recibir como libertadores...

Boris – Por desgracia... también hay esclavos que se niegan a ser liberados.

Manuel – Y eso que el ejército poldavo está muy lejos de ser el segundo más poderoso del mundo. Que haya conseguido mandar a pique vuestro buque insignia no va a sentar nada bien a la moral de vuestras tropas, ¿no?

Boris – Por eso no vamos a dejar que presuman de esa victoria. Diremos que el buque se hundió por una avería.

Manuel – Un portaaviones de propulsión nuclear que se hunde solo, sin que haga falta ni siquiera lanzarle uno o dos misiles... No sé si eso va a hacer que vuestro ejército parezca mucho más creíble.

Boris – ¿Me disculpas un momento?

Boris sale. Manuel se queda un instante sin saber qué pensar. Recorre la sala, como si buscara una salida. Luego vuelve a la mesa, abre el cajón, saca el revólver y abre el tambor para comprobar si realmente contiene una bala. Pero el teléfono rojo empieza a sonar. Manuel se sobresalta y vuelve a guardar precipitadamente el revólver en el cajón. El teléfono sigue sonando. Duda un momento y finalmente descuelga.

Manuel – Da...? *(Una pausa.)* Da, da... Da. *(Cuelga con aire de satisfacción.)* No he entendido absolutamente nada, pero siempre había querido hacer eso...

Vuelve a sentarse sin saber qué hacer. Bosteza, mostrando claramente el cansancio. Cierra los ojos y se queda dormido unos instantes.

Se oye Russians, de Sting.

Boris vuelve. Manuel se despierta sobresaltado. En el rostro de Boris se nota la preocupación.

Manuel – ¿Puedes decirme qué está pasando?

Boris – Uno de nuestros aviones acaba de ser derribado por un misil estadounidense.

Manuel – ¿Y?

Una pausa.

Boris – Al parecer, acabo de autorizar un ataque nuclear contra Hawái.

Manuel – ¿Al parecer?

Boris – El jefe del Estado Mayor me asegura que di mi autorización por este teléfono.

Manuel (*sin dar crédito a lo que oye*) – No... ¿verdad?

Boris – En fin, ahora que está hecho, ya es demasiado tarde para echarse atrás. Tendré que asumir la responsabilidad.

Manuel – ¿Un ataque nuclear contra Hawái?

Boris – Tienes razón, podríamos haber elegido Minneapolis o Cincinnati. Pero prefiero que se interprete como una simple advertencia. Hawái, nadie se lo toma demasiado en serio... En el peor de los casos, si deja de existir, los estadounidenses se irán de vacaciones a Cuba o a Puerto Rico.

Manuel – Pero todavía estás a tiempo de revocar la orden...

Boris – Por desgracia, no. Una vez lanzado un misil nuclear, ya no hay nada que pueda detenerlo. Además, es un misil hipersónico que viaja a más de seis mil kilómetros por hora. Lo ha lanzado uno de nuestros submarinos que patrulla en el mar Negro. A estas alturas ya debe de haber alcanzado su objetivo...

Manuel – ¿Y cuál crees que va a ser la reacción de Estados Unidos?

Suena el teléfono rojo. Boris descuelga.

Boris – Da... Da... Da... (*Silencio.*) Da... (*Cuelga.*) Estados Unidos acaba de destruir Novosibirsk. Acabo de ordenar un ataque contra Chicago.

Manuel – Dime que no es verdad...

Boris – Como pille al imbécil que lanzó ese primer misil contra Hawái... No lo entiendo... Me han dicho que la orden se dio por teléfono desde esta sala... (*Mira a Manuel con desconfianza.*) Tú no hablas ruso, ¿verdad?

Manuel – He venido aquí para conseguir una desescalada en la frontera entre Rusia y Poldavia... ¿Por qué iba a imitar tu voz para dar la orden de desencadenar una guerra nuclear?

Silencio. Suena el teléfono rojo y Boris descuelga.

Boris – Da... Da... Da... (*Silencio.*) Da... (*Cuelga.*) El proceso ya es irreversible. Moscú acaba de ser atacada. En represalia, vamos a atacar Nueva York y Washington.

Manuel – ¿Moscú? Pero... no hemos oído nada.

Boris – Este búnker está enterrado a varios cientos de metros de profundidad.

Manuel – Esto es una pesadilla. Voy a despertarme...

Boris – Por desgracia, ya nadie puede detener esta reacción en cadena.

Manuel – Entonces es el fin del mundo...

Boris – El fin de un mundo, en cualquier caso... Del mundo que hemos conocido. Creo que necesito un vaso de vodka... (*Ante la mirada atónita de Manuel, sirve dos vasos de vodka y le tiende uno.*) ¿Un vodka?

Manuel coge el vaso maquinalmente.

Manuel – Me temo que, a estas alturas, ya no presidimos absolutamente nada. (*Como en estado de shock, se bebe el vaso de un trago. Sigue un largo silencio.*) ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

Boris – No lo sé... Creo que esta partida de póquer se nos ha ido un poco de las manos.

Manuel – Todo esto para anexionarte un territorio más, cuando Rusia ya es el país más grande del mundo. Bueno... para lo que quede de ella.

Boris – En cualquier caso, ya no te retengo. Si quieres marcharte...

Manuel – ¿Marcharme? ¿Adónde? ¿Cómo? Si Moscú acaba de ser alcanzada por una bomba nuclear.

Boris – Tienes razón. Entonces no nos queda más remedio que pasar tú y yo el resto de nuestros días en este búnker.

Manuel – Me pregunto si el infierno no sería más soportable.

Largo silencio.

Boris – ¿Y si todo lo que te he contado fuera mentira?

Manuel – ¿Te refieres a esta guerra nuclear?

Boris – ¿Y si ni siquiera hubiera ordenado todavía a mis tropas cruzar la frontera de Poldavia?

Manuel – ¿Es así?

Boris – Tampoco he dicho eso. He dicho: ¿y si...?

Manuel – Si esto es una broma, es de muy mal gusto...

Boris – Digamos que sería humor ruso.

Manuel – ¿Y todas esas llamadas telefónicas?

Boris – Tú solo me has oído decir *da* o *niet*. Puede que simplemente me estuvieran informando de los asuntos corrientes de Rusia. O preguntándome a qué hora quería almorzar y si prefería los huevos fritos o pasados por agua.

Manuel – ¿Y las fotos de mis rivales en las elecciones presidenciales?

Boris – Lo has dicho tú. Podrían ser un montaje...

Manuel – Muy bien. Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer?

Boris – Ya te lo he dicho. Puedes marcharte. Cuando salgas, ya verás si el mundo sigue existiendo.

Manuel duda un instante.

Manuel – Adiós, Boris... En cualquier caso, no creo que volvamos a vernos.

Boris – Nunca hay que tentar al destino, Manuel... Si ahí fuera ha llegado el invierno nuclear, siempre puedes volver. Tengo comida para varios siglos. Tengo vodka. Y tenemos la filmografía completa de Gérard.

Manuel sale. Suena el teléfono rojo. Boris descuelga.

Boris – Da...? Da...

Cuelga, reflexiona un instante, saca el revólver del cajón y se apoya el cañón en la sien. Aprieta el gatillo una vez. Luego una segunda. Y una tercera...

Oscuro.

Manuel está ante varios micrófonos de distintos medios de comunicación. Apenas se mantiene en pie.

Voz en off – ¿Cómo ha ido su reunión con quien ocupa la presidencia rusa? ¿Ha obtenido algún compromiso sobre una desescalada militar en la frontera entre Rusia y Poldavia?

Manuel parece al borde del derrumbe, pero se esfuerza por responder mecánicamente recurriendo al habitual lenguaje diplomático.

Manuel – Miren... He mantenido con quien ocupa la presidencia rusa una conversación cordial pero franca. Hemos abordado todos los asuntos sin ningún tabú. He expuesto la posición de Francia, que es también la de Europa, y por parte rusa se me ha explicado sin rodeos su forma de ver las cosas. Ha sido, por tanto, un intercambio intenso pero constructivo. Por el momento no hemos conseguido conciliar nuestros puntos de vista, pero se me ha asegurado que Rusia sigue abierta al diálogo. Muchas gracias...

Con los Coros del Ejército Rojo de fondo, Manuel sale tambaleándose, como quien acaba de recibir una paliza en el ring y está a punto de perder el conocimiento.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise (Francia), Jean-Pierre Martinez fue primero batería de varios grupos de rock antes de convertirse en semiólogo en el ámbito de la publicidad. Más tarde inició una carrera como guionista de televisión, antes de dedicarse al teatro y a la escritura dramática. Ha escrito cerca de un centenar de guiones para televisión y más de 120 obras de teatro, algunas de las cuales ya se han convertido en clásicos (*13 y Martes*, *Strip Poker*). Es uno de los dramaturgos contemporáneos más representados en Francia y en otros países francófonos. Varias de sus obras también están disponibles en español y en inglés, y se representan regularmente en Estados Unidos y América Latina.

Las compañías de teatro amateur y profesionales que busquen obras para representar pueden descargar gratuitamente las obras de Jean-Pierre Martinez en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores francesa (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil El Joker
El Último Cartucho
Ella y El Encuentro en el andén
EuroStar La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho Ni siquiera
muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias Un
pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún critico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de Parque
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez están disponibles
para su descarga gratuita en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Septiembre de 2026

ISBN 978-2-38602-470-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.